

**BOLETÍN DE FILOSOFÍA Y ENSEÑANZA  
DE LA FILOSOFÍA**

**Nº3**

**AÑO II**

**INSTITUTO SUPERIOR PADRE  
ELIZALDE**

**2024**

## **BOLETÍN DE FILOSOFÍA Y ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA**

### **Equipo editorial:**

Yanina Benitez

América Mailhos

Ezequiel Murga

Pilar Parot Varela

Natalio Piccini

### **Dirección postal:**

25 de Mayo 125, CP.: 1702, Ciudadela, Provincia de Buenos Aires.

## ÍNDICE

“Es la esperanza nodriza de la vejez”. Los antiguos, el pasado inmediato y el futuro <i>José Emilio Burucúa</i>	4
El hombre y la tecnología: implicancias de la tecnología en los cimientos de lo humano <i>Juan Traini</i>	11
Propuesta didáctica: acerca de la emancipación intelectual <i>Rodrigo Arriagada</i>	16

## **“Es la esperanza nodriza de la vejez”. Los Antiguos, el pasado inmediato y el futuro**

*José Emilio Burucúa*

Hace pocos días, murió centenario quien, en julio de 1976, ordenó la muerte de decenas de jóvenes durante la tiranía militar argentina (1976-1983). Muchos fueron arrojados al río desde gran altura, por el arbitrio de aquel hombre, sin el juicio previo de otros, sin misericordia ni piedad. No diré cómo se llamaba el responsable, por dos razones: la primera, porque los que se sienten afectados de uno u otro modo, aunque sean modos antagónicos, saben de qué persona se trata; la segunda, porque mencionarlo sería también una manera de abofetear con una cierta impunidad de mi parte (la que me dan los juicios legales e históricos llevados a cabo desde aquella época de hierro, aun cuando hayan sido procesos justos y queridos por tantos de nosotros y por mí mismo), es decir, una forma de humillar a los descendientes del muerto centenario, para nada culpables de ningún asesinato. La primera reacción que me provocó la noticia del hecho fue el asombro, surgido de la contradicción implícita entre la larga vida del matador y la muy breve de su víctima. Es inevitable dejarse llevar por la noción de la injusticia esencial que significaría la oposición de la longevidad del primero contra la juventud extrema de la segunda, pues nos gana una sensación de injusticia y tendemos a considerar la vida larga como una suerte de bendición, la vida breve como una catástrofe, máxime si un crimen artero se encuentra en el centro de la escena.

Pero tengamos en cuenta las dimensiones culturales más arcaicas del asunto. Quizá nos resulte posible extraer de tal operación algunas vías aptas para movernos del odio recíproco que tanto sentimos y ensayar una forma de encuentro para el futuro, sin necesidad de perdonarnos mutuamente lo imperdonable ni comparar o resignar los dolores que, a uno y a otro lado de la grieta, hemos padecido. La muerte, desde la que ocurre por naturaleza hasta la que es producto de la violencia ajena en el crimen y en la guerra, siempre encierra algo escandaloso que desencadena diferentes figuras de la indignación entre los vivos: tristeza inaceptable, deseo de venganza o reparación, sentimiento del absurdo en el núcleo de nuestra existencia, deseos de intercambiarnos con el muerto, remordimiento por nuestra ausencia indiferente, por las cosas no dichas entre nosotros y el fallecido, y más, muchas

más. A boca de jarro, la historia moderna ha tendido a pensar que, entre los antiguos paganos, griegos y latinos, la muerte durante la juventud era un signo del favor y hasta del amor de los dioses. El fragmento 125 de la comedia *Los dos engaños*, escrita por el ateniense Menandro a fines del siglo IV a.C. y en su mayor parte perdida, contiene la frase célebre: “Mueren jóvenes aquellos a quienes aman los dioses” Muy pronto, menos de un siglo después, el latino Plauto tomó la pieza de Menandro, la tradujo y la adaptó al gusto algo más grosero de los romanos en materia de comedias, con el título *Báquides* o *Las gemelas*. El verso 816 de esta pieza es una traducción literal de la frase de Menandro.

Al comparar la poesía greco-latina y la sabiduría bíblica en este punto, algunos eruditos y *litterati* han pensado que la oposición era muy fuerte ya que el Antiguo Testamento, sobre todo, está plagado de referencias a la superioridad existencial y moral de una muerte que llega con la ancianidad, por ser ésta el mejor premio que un ser humano virtuoso puede recibir en el fin de su vida. Dios prometió a Abraham: “Tú irás a tus padres en paz; y serás sepultado en buena vejez.” (Génesis 15:15) Y así ocurrió en efecto, pues “Abraham expiró, y murió en buena vejez, anciano y lleno [de días,] y fue reunido a su pueblo.” (Génesis 25:8) Una promesa divina semejante recayó sobre Salomón, además del cumplimiento de su pedido de sabiduría para gobernar al pueblo hebreo: “Y si andas en mis caminos, guardando mis estatutos y mis mandamientos como tu padre David anduvo, entonces prolongaré tus días.” (1 Reyes 3:14) Según cantó el Salmista, el premio se generalizó para todo aquél que tuviera fe en la protección de Dios contra la “peste funesta” y el “terror de la noche”: “Lo saciaré de larga vida, y le haré ver mi salvación.” (Salmo 91:16) Un proverbio no podía faltar: “La cabeza canosa es corona de gloria, y se encuentra en el camino de la justicia.” (Proverbios 16:31) El cristianismo recibió este legado que nunca fue puesto en duda, a pesar de que el martirio de tantos jóvenes, desde Esteban, el primero de quienes fueron testigos de la fe por su muerte violenta y sacrificial, hasta el adolescente Pancracio o los Siete Durmientes de Éfeso, bien podría haber resucitado el apotegma de Menandro. Es probable que el martirio de los apóstoles ancianos y la vida prolongada de los cenobitas, anacoretas y fundadores de las primeras órdenes monásticas haya compensado el peso de la juventud en la santidad de los cristianos de la Iglesia tardo-antigua. La tradición hebrea que aunó virtud y longevidad conservó su potencia o centralidad en la historia del cristianismo.

Hagamos, sin embargo dos salvedades. La primera es que la muerte de los jóvenes como signo del amor divino en la religión olímpica no parecería haber tenido el monopolio del horizonte emocional entre los griegos, ni siquiera en la época de los poemas homéricos. En la *Iliada*, ancianos y jóvenes han sido igualmente desafortunados en las edades posibles de la llegada de la muerte: Héctor, arrebatado al amor de su esposa Andrómaca y de su pequeño hijo Astianacte; Aquiles, aunque vencedor, consciente de la inminencia de su fin y transido de desasosiego; los ancianos Príamo, padre de Héctor, y Peleo, padre de Aquiles, infortunados ambos en aquel mismo instante, el primero en busca del cadáver de su hijo, el segundo, solo y anciano en Ftia a la espera del unigénito que nunca volvería. El pasaje más intensamente humano del canto XXIV de la *Iliada* narra esa convergencia de almas, autoconciencia y dolor: “A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre; y asiendo de la mano a Príamo, le apartó suavemente. Entregados uno y otro a los recuerdos. Príamo, asido a los pies de Aquiles, lloraba copiosamente por Héctor, matador de hombres; y Aquiles lloraba unas veces a su padre y otras a Patroclo; y el gemir de entrambos se alzaba en la tienda.” *La Odisea*, entre tanto, encerró una lamentación de Penélope acerca del infortunio de llegar separada del ser querido al término de la existencia, desgracia que el regreso de Ulises disipaba de modo tal que los númenes compensaban la desgracia de un extrañamiento de veinte años y devolvían la felicidad a la pareja. Apenas Penélope descubre a su esposo, después de que éste demostrase conocer el enigma del lecho matrimonial, tallado inseparablemente por el Laertíada en el gran árbol que era el eje arquitectónico del palacio, ella misma dice: “No te enojés conmigo, Ulises, ya que eres en todo el más circunspecto de los hombres; y las deidades nos enviaron la desgracia y no quisieron que gozásemos juntos de nuestra mocedad, ni que juntos llegáramos al umbral de la vejez. Pero no te enfades conmigo, ni te irrites si no te abracé, como ahora tan luego como estuviste en mi presencia.” (*Odisea*, XXIII, 209-213)

La segunda salvedad se refiere a la época del acogimiento moderno de la frase de Menandro, que no parece haber ocurrido antes de los tiempos del Romanticismo, una época de *pathos* cultural en la que la muerte de los jóvenes asumió una hondura y una intensidad reveladoras ambas de la transitoriedad de la vida y de la angustia irresoluble frente a la muerte. Soren Kierkegaard colocó esta emoción en el centro de su reflexión filosófica. Fueron dos poetas románticos quienes recuperaron y desarrollaron la sentencia antigua

acerca del amor de los dioses hacia los jóvenes, manifestado en el arrebato de sus vidas. El primero fue nada menos que *lord* Byron, quien hizo de la sentencia antigua el primer verso de la estrofa 12 en el canto IV de su *Don Juan*, un poema satírico donde el famoso seductor es, más que un abusador de las mujeres, un juguete de la seducción femenina. Aquella estrofa resulta contradictoria y, por eso mismo, ni siquiera ella, tan pomposamente iniciada con la cita de Menandro, escapa a una cierta fuerza cómica propia de la sátira (no olvidemos, por otra parte, que la frase se encuentra, tanto en el autor griego cuanto el romano, en el contexto de una comedia). La muerte prematura nos ahorra “la de los amigos y la que más nos golpea, la muerte de la amistad, de la juventud, de todo cuanto es excepto la mera respiración”. Una tumba prematura nos salva de todo ese llanto. Es posible entonces que Byron haya tratado el asunto con ironía y abierto la vía hacia la burla manifiesta y el absurdo de Oscar Wilde cuando, en sus *Máximas para instrucción de los hiper-educados* de 1896, se burló de Menandro y escribió: “Aquellos a quienes los dioses aman rejuvenecen.”

Claro que el otro romántico al que aludimos tomó el *dictum* de los Antiguos literalmente y ahondó su significado patético. Se trató de Giacomo Leopardi, poeta natural de Recanati, autor de los famosos *Cantos* que se editaron por primera vez en Florencia en 1831. Un año después, él mismo agregó a ese poemario el canto número XXVII, *Amor y muerte*, cuyo epígrafe fue nuestra llevada y traída sentencia griega. Claro que los versos, allí desgranados por Leopardi, tomaron literalmente las palabras de Menandro y llevaron la morbilidad romántica a su más acabada expresión. Pues la muerte y el amor, máxime si se trata del reflejo del amor divino, son las dos cosas más bellas del mundo, según el poeta de Recanati, a las que ni siquiera las estrellas logran superar. Del amor nacen el bien y el placer mayor “que en el mar del ser puede encontrarse”, mientras que la muerte “todo gran dolor, todo gran mal anula. Bellísima muchacha, dulce a los ojos y no como la pintan los cobardes. A menudo goza el Amor jovencísimo de su compañía y juntos sobrevuelan el mortal camino.” No obstante la eufonía y la transfiguración emocional que provoca en nosotros la lectura de esos pasajes escritos por Leopardi, la historia concreta se nos atraviesa en el camino para hacer añicos cualquier idealización de la muerte de los jóvenes. El horror del colonialismo europeo en África (en el Congo, por ejemplo), el de las trincheras del 14-18, el de los crímenes del nacionalsocialismo en la Segunda Guerra

Mundial, Hiroshima y Nagasaki, los *killing fields* de Camboya han destrozado cualquier pretensión de una bella muerte, máxime la de los jóvenes.

De manera que un regreso a nuestro punto de partida, después de la búsqueda entre la belleza antigua o moderna, nos enfrenta con las guerras del siglo XX y no podemos sino sentir un rechazo visceral frente a la muerte provocada en la juventud. Pero el misterio queda en suspenso cuando reflexionamos sobre el caso del anciano que, en algún momento de su vida, ordenó tales ejecuciones. ¿Cómo interpretar su final centenario, sobre todo cuando no hubo manifestaciones de su arrepentimiento ni un pedido de perdón? Aunque, distingamos las cosas: el arrepentimiento ha de manifestarse en este mundo, el perdón es imposible cuando se trata de víctimas mortales, por cuanto únicamente ellas, las que no sólo más han padecido sino que alcanzaron una plenitud del sufrimiento inimaginable para los sobrevivientes, sólo tales muertos podrían acordar un perdón genuino a sus verdugos. Y para pensar semejante cosa, hay que colocarse fuera de esta vida, como quería Cavalcanti inútilmente, es decir, hay que creer en la inmortalidad del alma y en la posibilidad de que un pedido sincero de perdón tenga algún efecto más allá de la muerte. Pero, hasta para quienes creemos en semejantes posibilidades, resulta despiadado proponerlas. En consecuencia, nada pudo haber dicho *in extremis* aquel anciano, nada puedo decir de su muerte, como sí, en cambio, puedo y debo decir que la muerte de nuestros jóvenes ha sido espantosa, injusta, ha provocado un vacío inmanejable en nuestras vidas que continúan.

He procurado hasta aquí no salirme de la religión de la que el cristianismo nació ni de la del paganismo extinguido que la historia convirtió en la filosofía más alta, para todos aquellos que reconocemos en las tierras del Mediterráneo y en las Américas nuestras cunas más remotas. Por ello, permanezco entre los queridos Antiguos para esbozar un paisaje posible en el futuro del espíritu recobrado. Vaya, en primer lugar, el recuerdo que, en la *República* (331a), Platón ha dejado de un poema de Píndaro del cual sólo se conservaron los versos allí mismos citados. El poeta tebano no afirmaba la inmortalidad del alma, pero creía en una extraña esperanza que iluminaba y protegía, misteriosamente, al anciano justo y piadoso, “animadora del corazón, nodriza de la vejez, que rige, soberana, la mente tornadiza de los mortales.” Recorro, en segundo lugar a Cicerón, a quien Petrarca, amante de las obras de san Pablo y san Agustín, colocaba en el mismo plano de sus mayores maestros. Por cuanto Cicerón escribió el tratado más célebre sobre la vejez en la larga

historia de Occidente en el año 44 a.C. Lo hizo bajo la forma de un diálogo entre Lelio, Escipión el Joven y Catón el Mayor. Catón, el más anciano, es quien expone las razones por las que la vejez debe resultar no sólo bien acogida sino vivida con un temple de grandeza. Y si bien Catón se inclina personalmente por creer en la inmortalidad del alma, no ha de ser esa la razón que lo lleve a alabar la ancianidad en función de la gran esperanza que ella transmite de una vida perdurable.

“[...] mi vejez permanece luminosamente en mí, no sólo no me oprime sino que me complace. Pero si estoy equivocado en cuanto a pensar que el alma humana es inmortal, estoy contento de equivocarme y no he de permitir que ese error, que tanto placer me brinda me sea arrebatado mientras viva. [...] De nuevo, si no seremos inmortales, a pesar de ello lo que un ser humano debe desear consiste en que su vida tenga un fin en el debido tiempo. Pues la naturaleza pone un límite al vivir como a todo lo demás. Entonces, la vejez aparece como si fuera la última escena del drama, la fatiga total que nosotros deberíamos de rehuir, especialmente cuando sentimos que hemos tenido ya más que suficiente un papel en esa pieza.”

Un año después de haber escrito *Sobre la vejez*, Cicerón atacó a Marco Antonio por las que el orador filósofo consideraba traiciones a la constitución republicana. Cuando Antonio hizo las paces con Octaviano, el futuro Augusto convocó a Lépido y ellos tres formaron el Segundo Triunvirato, Cicerón fue declarado enemigo del Estado. Los soldados de Antonio lo alcanzaron durante su intento de escapar a Grecia, lo asesinaron, le cortaron la cabeza y las manos que, enviadas a Antonio, fueron exhibidas en el Foro romano. El República tenía 63 años de edad. El historiador Dión Casio escribió que Fulvia, por entonces esposa del triunviro, extrajo la lengua de Cicerón de la boca y la atravesó varias veces con la aguja de un broche de su cabellera. Así ocurrió el fin de la República romana y de sus libertades.

Perder el recuerdo de cuanto tirios y troyanos vivimos a un lado y al otro de la grieta que nos separa sería escandaloso, cobarde, pero si podemos todos sentirnos abrigados bajo una misma sensación de esperanza, aun cuando sean muy diferentes cosas las que esperamos, y reconocernos mutuamente en el hecho de haber llegado a la vejez con apego a

lo vivido, tal vez nos resulte posible el vivir cuanto nos queda en la serenidad y la piedad que tanto lastimamos. Para ello, es irrelevante que muchos o pocos creamos en la inmortalidad del alma. Lo que importa es la aceptación de la tristeza compartida del pasado y de la pequeña luz que quizá vuelva a iluminarnos en la hora final.

Hace muy poco tiempo, tres semanas apenas, la ciudad de Roma impuso a una de sus avenidas el nombre de Leone Ginzburg, héroe de la Resistencia italiana, esposo de Natalia, la notable escritora, y padre de Carlo, uno de los más grandes historiadores del último medio siglo. Carlo recordó en la ceremonia las circunstancias que condujeron al apresamiento de su padre, a las torturas que los nazis le hicieron padecer y a su asesinato en la cárcel de Ara Coeli. Pero trajo a colación además el diálogo final que Leone mantuvo con otro prisionero célebre quien allí estaba: Sandro Pertini, el político que llegaría a ser presidente de la República Italiana entre 1978 y 1985. Pertini anotó escrupulosamente las palabras de aquella conversación, mantenida a pesar del estado espantoso en el que su amigo Ginzburg se encontraba:

“La cara tumefacta por los golpes, los labios partidos. Había sido interrogado por las SS en *via Tasso*. ‘Querían nombres’, me dijo ‘mas no hablé’. Pero era otra cosa la que lo preocupaba y sobre la cual había meditado largamente. ‘Pobres de nosotros si no supiéramos olvidar nuestros sufrimientos, pobres de nosotros si incluyésemos en nuestra condena a todo el pueblo alemán. Debemos distinguir entre el pueblo y los nazis. Si no supiésemos hacerlo, todos los sufrimientos no habrán servido para nada.’”

Ojalá también nosotros demos un sentido a nuestro padecer en términos como los que proponía Leone Ginzburg en Ara Coeli.

## **El hombre y la tecnología: implicancias de la tecnología en los cimientos de lo humano**

*Juan Traini*

Al principio, solo había caos. Así comienza su Cosmogonía Hesíodo, quien inspirado por las musas nos acerca la explicación del origen del mundo. Uno de carácter indeterminado, que no se demoraría en ser sometido por las fuerzas de titanes y olímpicos, o bien por la astucia de los hombres que intentarían asemejarse a estos dioses.

Existe algo que escapa del control de nuestro entendimiento, pero, de alguna forma, buscamos siempre superar ese horror al vacío que es explicitado por Hume. Con este trabajo pretendo comenzar un camino de análisis sobre la incidencia de los intentos del hombre por determinar este mundo aparentemente indeterminado. Observaremos cómo estás determinaciones que, si bien parecen ser controladas mediante avances tecnológicos y científicos, se ven en muchos casos sobrepasadas por la misma naturaleza caótica que les atañe.

¿Podemos hablar de que hay un principio ordenador de la realidad? ¿Es posible romper el caos natural? ¿Es el hombre un yo absoluto que puede dominarlo y ordenarlo todo como pensaban los autores modernos? Como humanos, ¿estamos limitados ante la naturaleza? ¿Las creaciones del hombre son realmente controladas? ¿O son producto de un caos que nos supera y terminan volviéndose en su contra?

Para explorar estos interrogantes y otros que puedan surgir, el punto de partida será las formas en las que la preocupación por la naturaleza se presenta en la hoja de ruta de los grandes pensadores de la filosofía a través de la historia, la cual fue adquiriendo diversos matices según la manera en que cada autor las abordará. Ya sea el origen de lo natural, cómo lo conocemos, cómo podríamos controlarlo o bien los efectos que tenga sobre el hombre, podemos ver que esta relación hombre-naturaleza juega un rol fundamental en el pensamiento filosófico. Dentro de esta relación, nos encontramos con la irrupción de los avances técnicos y tecnológicos tomando protagonismo, no solo potenciando algunos de los aspectos mencionados, sino también trayendo consigo nuevas problemáticas que merecen ser abordadas con la debida profundidad, no solamente desde una visión filosófica-natural, sino también desde todas aquellas perspectivas que atraviesan al ser humano.

Lo que se intentará en este escrito es poder hacer un análisis de la relación entre el hombre y la naturaleza, mediada por el advenimiento de éstos nuevos avances. Abordaremos cómo esta relación, que no siempre se da de forma equilibrada, trae nuevos retos para el pensamiento, nuevas consideraciones a tener en cuenta y un sinnúmero de problemáticas que día a día sólo parecen aumentar. Si bien decimos que la tecnología llega para solucionarnos y facilitarnos la vida, nuestro deber como pensadores es reflexionar sobre esto y evaluar los pros y contras de la incursión tecnológica.

Si consideramos cómo las problemáticas que nombramos fueron elaboradas por los pensadores a través de las distintas épocas y hasta el momento, nos encontramos con tres métodos de abordarlas. Cabe aclarar que no están presentadas de tal forma que denote un orden o prioridad, sino que se agrupan según el enfoque y el espíritu que quieren mostrar los distintos filósofos.

### **Posturas que están a favor del avance tecnológico sobre la naturaleza**

Éstas se encuentran representadas por el pensamiento moderno-ilustrado, el transhumanismo, el singularitarianismo y el posthumanismo, entre otras corrientes.

Uno de los momentos más claros para apreciar los márgenes de esta postura es el periodo denominado históricamente como Ilustración. Este se caracteriza por una ciega confianza en el avance de la razón sobre la naturaleza. El hombre debe hacerse dueño, amo y señor de la misma. Así deba correr sangre, la iluminación debe llegar a la oscuridad de los pueblos que se alejan de la razón ilustrada. Esta razón, atemporal, ahistórica, se debe expandir a lo largo y lo ancho del globo.

La naturaleza es aquí un mero medio para lograr un fin. No importa qué tanto se la explote, de ella debemos recolectar los frutos que nos ayuden a crecer en nuestra individualidad. Ella es una cosa, es *res*, un objeto que no tiene la imponentia que tiene el sujeto, el *yo*. Está a la mano para que podamos usarla. Como decía Francis Bacon, debemos someter la naturaleza al “potro de tortura” para poder extraer de ella lo necesario para la búsqueda de la verdad. Una verdad ilustrada, compartida por el espíritu de la época. Dirá también el autor en su obra *Novum Organum*, que los hombres de ciencia eran como las hormigas, que recogían del mundo lo que precisaban sin otro fin más que la supervivencia, sin la pregunta, sin una búsqueda de la verdad. Por otro, menciona también a los pensadores

racionalistas, que “tejen” como las arañas redes, dentro de las cuales quieren hacer caer toda la realidad, incluso forzándola, para que encaje dentro de la extensión de esta misma. Pero el científico debe ser como la abeja, que del mundo recoge los materiales y los transforma mediante su trabajo para lograr un fin. Éste será la verdad.

Durante la modernidad, si nos detenemos en el pensamiento de René Descartes, específicamente en el *Discurso del método*, en él busca diferenciarse del pensamiento clásico, del que quiere despegarse como otros autores de la época. Explora cómo el hombre, mediante el uso de la razón, debe adueñarse de la naturaleza, someterla, hacer que la misma se ponga a su servicio y al de su razón conquistadora.

Esta tendencia continuará entre los pensadores hasta la aparición del romanticismo alemán que intentará dar un giro con ella. Para esta corriente, la razón calculadora, cuasi científica, que muestra al mundo como una máquina cuyos engranajes funcionan en perfecto orden y coordinación, en función a los parámetros que nuestro entendimiento puede revelar, debe llevarnos necesariamente a detenernos y pensar en las consecuencias que podrían surgir dado el uso y abuso de la naturaleza por parte de los seres humanos. De esta forma se nos comienza a presentar la segunda cuestión.<sup>1</sup>

### **Posturas que están a favor del avance técnico-tecnológico, pero sugieren cautela con las consecuencias**

Si bien es bien recibida la noticia de lo que la maduración de la tecnología trae consigo, los autores que encuadro en esta sección se detienen a reflexionar sobre las desventajas que pueden aparecer como consecuencia a las formas con las que el hombre consigue el desarrollo tecnológico que se propone. Entre sus exponentes, podemos mencionar al tecnorealismo y a autores como Adorno y Horkheimer.

---

<sup>1</sup> Para no quedarnos solamente en una visión del mundo moderno de esta postura, recomiendo abordar otros ponentes que llegan a afirmar el avasallamiento tecnológico como algo puramente productivo y necesario para el ser humano. Aquí, podemos mencionar a Fereidoun M. Esfandiary, mejor conocido por el seudónimo FM-2030 (que él mismo se atribuyó). Este autor aboga por el desarrollo y la adopción de nuevas tecnologías que permitan a los seres humanos superar las limitaciones biológicas y físicas. Esto lo lograríamos a través del uso de la biotecnología, las inteligencias artificiales y demás avances. Nos permitirá, tanto a hombres y como a las sociedades, adoptar una actitud de superación y avance continuo. Los pensamientos del autor sobre este optimismo en el avance de la tecnología incluso sobre lo humano mismo, se pueden encontrar en su obra *UpWingers: A Futurist Manifesto*.

Ante el incesante avance de la tecnología sobre la naturaleza, los cambios que se generan sobre la misma se hacen cada vez más evidentes y, por lo tanto, no va a faltar lugar para la aparición del análisis ecologista de las consecuencias que devienen a raíz de estos. El mundo nos transmite su incomodidad con la forma en que el humano quiere sacar de él hasta el último provecho, a tal punto, que no le interesa afectar la diversidad de especies, el medio ambiente e incluso a sus cohabitantes.

Autores como Horkheimer y Adorno nos hablan de que la naturaleza se rebela contra el movimiento ilustrado, reduciéndolo a un mero mito. No se ha logrado, en el afán por manipular el mundo, despegarse de lo que hacían los poetas de la antigüedad inspirados por el cantar de las musas, una mera explicación de lo natural a través de lo mitológico. La manipulación de la naturaleza no es algo que podamos agotar por medio de nuestras herramientas, tanto físicas como mentales. La ilustración no logra así, despegarse de aquello que le reclamaba a los pensadores clásicos. La realidad se nos presenta como hechos, de los cuales no podemos ir más allá. Como le ocurrió a Kant cuando intentó trascender los fenómenos y se encontró con algo que excede cualquier tipo de análisis por parte del entendimiento. La naturaleza no se nos muestra en todas sus facetas, siempre esconde parte de su grandeza a nuestro abordaje. Nos lleva a pensar sobre si aquello en lo que se posaba una fe desmedida, a saber, la razón avasalladora, posee semejante fuerza de dominio ante la inconmensurabilidad del mundo. Si bien no se niega que la razón juega un papel crucial, no debemos pensar que con ella vamos a abarcarlo todo.

### **Posturas contrarias al avance tecnológico desmesurado**

Las implicancias del avance científico-tecnológico en los individuos y en la naturaleza son la razón principal para el desacuerdo con un avance desmedido, que más que beneficios, trae desgracias para el hombre, la sociedad y el mundo. Algunos ponentes que podemos mencionar para esta posición son Martin Heidegger, Herbert Marcuse y el humanismo tecnológico, entre otros.

Como bien nos hace ver Heidegger en su conferencia *Gelassenheit* (Serenidad), al considerarnos seres en el mundo, nuestra experiencia de vida está ligada a éste y a todo lo que trae consigo. Las trágicas consecuencias que se dan por la arremetida tecnológica tienen que ser un llamado a detenerse y pensar. En ella, el autor nos llama a volver a hacer

de nuestro pensamiento, un pensamiento reflexivo, que nos ha sido velado por el pensar calculador propio de la ciencia. Se genera, con la tecnología, una relación que va más allá de lo instrumental, de la utilidad como herramienta. Una relación de dependencia con dicha tecnología. Tengamos en cuenta que esta reflexión la está haciendo un filósofo que solamente conoció la radio y la televisión, existentes durante sus años de vida, por lo que no llegó a ver lo que actualmente ha hecho la tecnología en este aspecto con la mente humana.

Autores como Marcuse salen del plano individual para hacer un análisis del impacto social de la tecnología. Para él, el dominio humano sobre la naturaleza en la sociedad capitalista no solo es una cuestión de control tecnológico, sino también de dominación ideológica y cultural. La cultura de consumo y la promoción del crecimiento económico ilimitado han perpetuado la explotación de la naturaleza y la alienación del ser humano de su entorno natural. En lugar de vivir en armonía con la naturaleza, el ser humano moderno se ha convertido en un agente de su destrucción, en busca constante de la maximización del beneficio y el consumo sin límites.

La mirada tecnocrática sobre el mundo nos ha alejado de nuestra relación con el mismo, a tal punto, que perdemos nuestras raíces. Nos volvemos un engranaje más de una gran máquina calculadora, sin cuestionar nada de lo que se nos pone por delante. Lejos queda la duda como método, lejos está la reflexión sobre lo que se nos presenta, porque se ha vuelto indudable que el avance de la ciencia es beneficioso; tan indudable, que no nos permite ir más allá, pensar más allá de lo que nos fue entregado como una herramienta. Pero esta herramienta sobrepasó su función primordial, la de facilitarnos nuestros quehaceres diarios, para traernos una dependencia para con ella.

## **Propuesta didáctica: Acerca de la emancipación intelectual**

*Rodrigo Arriagada*

El texto de Jacques Rancière “El maestro ignorante”, capítulo 1, es recomendado para el abordaje de diversas problemáticas filosóficas y, también, para plantear una metodología de trabajo áulico. Paso a compartir algo de ello, fruto de mis prácticas docentes.

1. El trabajo del aula suele ser una combinación de diversas estrategias de enseñanza/aprendizaje que hemos aprendido quienes nos dedicamos a la docencia. No obstante, muchas veces advertimos un esquema tradicional en el que -en el mejor de los casos- cada docente expone la temática a tratar y luego da paso a una serie de actividades y ejercitaciones que realizarán las y los estudiantes con textos, filmes, casos, y demás, a partir de la “exposición magistral”. En veredas mucho más rígidas, la clase se limita a ser una explicación de lo que dice un autor o texto para “hacer simple lo complejo”. Estas costumbres heredadas de los sistemas tradicionales de enseñanza no suelen ser puestos en tela de juicio por los actores intervinientes: es lo que las y los alumnos, docentes, sistemas y familias requieren de una “buena clase”. Esperan que el docente explique la lección de la manera más “didáctica” y atractiva posible. En contraposición, Rancière nos invita a plantear la enseñanza y el aprendizaje en un sentido contrario y nos sumerge en una “aventura intelectual”, más allá de no estar en aquel “Siglo de las Luces”. Propone que el acto de explicar tiene efectos cuestionables a escala ética, política y pedagógica y psicológica. El acto de “hacer simple lo complejo” (orden explicador) genera una relación de cierto paternalismo didáctico que ubica al aprendiz en una posición de carencia y de imposibilidad de desplegar el potencial de la inteligencia con la que nacemos y vamos creciendo, hasta que -dice el texto-, aparecen tantos explicadores como lecciones o materias cada estudiante tendrá que aprender. A escala psicológica, el sujeto se infantiliza y se habitúa a aprender los temas de manera predigerida y sin mucho esfuerzo o lo que es equivalente a transitar la escolaridad y la vida en general, desde una comodidad psicológica que perdurará en el tiempo (habitus), listo para ser presa de cualquier sistema de dominación (doctrinaria, política, económica e incluso médica). A escala moral, podemos preguntarnos qué acción virtuosa estamos generando un sujeto de aprendizaje al subestimar sus capacidades con nuestros innecesarios “andamiajes”. Por eso el autor sostiene que la tarea del docente es ser la llave para que cada comunidad de aprendizaje pueda dar cuenta y desplegar aquello que llamamos “inteligencia”, ubicando en el centro del proceso de aprendizaje a la comunidad de seres libres que construyen conocimiento.
2. En línea con lo anterior, en los cursos a mi cargo, suelo servirme de varios materiales audiovisuales que conectan conceptos con experiencias

(acción/reflexión). Sabemos que podemos aprender cuando ponemos en juego la experiencia, el juego, las emociones y la razón. En ese sentido, comparto uno de ellos: se trata de una entrevista a César Gonzalez: [https://www.youtube.com/watch?v=SOsHH5\\_Ye0M](https://www.youtube.com/watch?v=SOsHH5_Ye0M) En la historia narrada por César podemos identificar las siguientes temáticas que aborda el capítulo 1 del texto citado. En primer lugar, no es un texto que apunte a la meritocracia (“el que quiere puede”) ya que para nuestro autor, los alumnxs de Jacotot aprendieron la traducción en comunidad. A la vez, sabemos que la inteligencia no es una “cosa cuantificable y medible” que se da fuera de un contexto. César utilizó su inteligencia en un contexto, aunque sumamente desfavorable, pero siempre en comunidad. Ahora bien, a la hora de evitar las salidas meritocráticas cabe señalar que César, privado de su libertad no estuvo aislado. En su proceso de emancipación podemos visualizar a un tallerista que lo observó desde el corazón, un libro que le llamó la atención: “operación masacre”, una conexión con aquel autor, desconocido para él, Rodolfo Walsh. Pero también vemos la presencia de la Universidad gratuita y una cultura que le permitió seguir desarrollando un proyecto de vida (negado para las mayorías). En segundo lugar, deconstruye el “mito de la pedagogía” en el cual se observan inteligencias subordinadas. La emancipación, en cambio, ocurre cuando nos damos cuenta del poder que tenemos y que ha sido adormecido; es quitar ese peso del embrutecimiento, expresado en las palabras de César al decir que advirtió que podía emprender otros caminos que no sean la delincuencia callejera. En tercer lugar, y en línea con lo anterior, para Ranciére, la inteligencia no se despliega solamente porque se puede resolver un problema, sino cuando se logra dar cuenta de lo que Freire llamará “concientización”. César se da cuenta que puede escribir poemas, mal que le pese a la instrumental psicóloga que lo atendía, pero también que ellos no son más que una expresión de lo que descubrió: las cárceles están hechas para pobres y son funcionales a un sistema. A la vez, esa potencia le llevó a compartir sus saberes con sus pares evitando habitar en un modelo privatista del conocimiento. No me extendo más para evitar embrutecer con mis interpretaciones a quienes lean este texto.

3. Una película para recomendar: “Bagdad Café”. Se encuentra en: <https://www.bing.com/videos/riverview/relatedvideo?&q=bagdad+cafe+ver+on+line&&mid=CE91EEC678026816FE8FCE91EEC678026816FE8F&&FORM=VRDGAR>

Este filme lo abordamos para dar cuenta de que el proceso de emancipación intelectual no se reduce a lo pedagógico - didáctico - escolar, sino que puede ser pensado como un modo y proyecto de vida. Se trata de una mujer alemana, Jasmin, quien logra la emancipación del patriarcado y, ante el problema de la supervivencia en otro país y cultura, debe apelar a sus recursos aprendidos para convertir ese lugar

lúgubre en un circo donde la vida se expande. A la vez, logra liberar a Brenda, su hostil anfitriona en un hotel en el medio del desierto; inevitablemente la emancipación es colectiva y no puede más que contagiarse. La mujer afrodescendiente se encuentra en un estado de acostumbramiento que empequeñece su vida y la de sus hijos posicionándose -rabiosamente- ante las adversidades de las que, aparentemente no podía salir. Así, la emancipación logra destrabar aquellos hábitos enquistados por años. Pero va más allá: ese lugar, a primera vista en el filme, huele más a muerte que a vida: el café servido no apetece, el hijo de Brenda toca el piano pero no es “visto” por nadie, y los viajeros de paso no hace más que morar a las apuradas. Jasmin echa mano del poder de su inteligencia y desde el deseo descubre que puede transformar la realidad de sus pares mostrando el poder que está dormido en aquellas prácticas emancipadoras. Políticamente las mujeres se libran de los varones y el pueblo se empodera de su economía. Podríamos seguir realizando relaciones conceptuales, pero sería subestimar su propia inteligencia y “darse servido” lo que cada lector puede lograr desde la emancipación: relacionar todo con todo y dar cuenta de la dignidad de seres humanxs.

### **Actividad propuesta**

1. Leer detenidamente el texto en el grupo - clase. Párrafo por párrafo, interpelando al grupo, dejándose interpelar. Compartir lo que se va aprendiendo. Encontrar conexiones con la vida de cada sujeto de aprendizaje.
2. Desplegar sintéticamente las temáticas centrales del texto: a) Experiencia de Jacotot b) Mito de la pedagogía c) tres vías al aprendizaje d) instruir o emancipar e) la emancipación intelectual f) consecuencias políticas, didácticas y éticas de la emancipación
3. Mirar el filme y la entrevista y establecer relaciones con los dichos de Rancière.